

sagrario cual pudiera su propio cofrecillo; encontró los diez testigos indispensables á validar su matrimonio; tuvo flámines para bendecirla; recogió los vellones del cordero presentado en el holocausto nupcial, y se asentó sobre sus lanas con el novio como cualquier virgen; vió al flámine dial entrelazar la mano suya con la mano de Silio y oyó sacramentales palabras; ofreció á Juno los presentes sacrificios de rúbrica; libó la copa en cuyo fondo se mezcla el vino con la miel; registró su dote; clavó sus dientes en el pan de flor; cubrió con blancas telas de lino y larguísimas guirnaldas de verberna las puertas de sus habitaciones; adornó la cámara y el tálamo como pedían todas las viejas costumbres; encendió las antorchas del Himeneo llevadas por los designados en la tradición secular; colocó en sus aras las cuatro divinidades protectoras de los casamientos romanos; se ungió y se lavó como pudiera casta madre de los Gracos que sólo amó á un esposo en esta vida; presidió la grande cena de boda; se hizo conducir al cubículo entre dos coros entonando epitalamios, y aceptó á su esposo pudorosa y tierna cual si le llevase al tálamo, apercibido con todas las formalidades prescriptas por las leyes civiles y religiosas, el intacto sacro presente de sus primeros virginales amores. Ninguna majestad quedaba de pie ya en aquella profanación universal. Los vapores despedidos por el vino subían de suyo tan altos que manchaban la frente de los dioses. Aquella religión doméstica, base de la religión verdaderamente nacional, vacilaba por necesidad á estos horribles sacudimientos, que le imprimían los destinados á velaren la Ciudad Eterna por su escrupulosa observación y por su nativa pureza. El mes de octubre pasó en estas orgías, cuando los calendarios romanos destinábanlo á conmemorar el templo capitolino consagrado á Jove por Numa en persona; la muerte de una hermana de aquellos Horacios tan devotos á su patria, cuyo aniversario de festividad gentilicia ó familiar se había trocado en fiesta ciudadana nacional; los combates épicos de procónsules como Cepio con enemigos tan feroces como los cimbras; el paso de Germánico desde este mundo al otro, consagrado como una fecha sacrosanta en los anales romanos; la ceremonia medritinalia que conjuraba el mosto corriente por los lagares; el día en que volvió Augusto vencedor de Accio; la bendición de todos los manantiales y aguas potables; el rito arval que á los

dioses sacrificaba un caballo, cuya cabeza traía felicidad; el nacimiento de un tan excelso poeta como Virgilio, la mayor edad de Julio César, la victoria de Sila sobre los samnitas y la fiesta de Isis.

¿Y no había signo alguno de reprobación en la tierra ó en el cielo? ¿Podía perpetrarse un crimen de suyo tan enorme, sin que



Virgilio (busto del Museo del Capitolio)

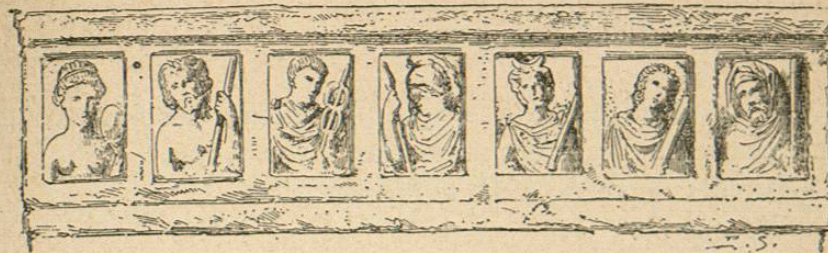
ni los césares se conmovieran en sus tronos ni los dioses en sus olimpos? Un colegio de augures hallábase instituído allí desde los tiempos de la primitiva Monarquía. Hasta muchos dicen que ya se buscaban adivinanzas y se decían presagios, antes de que Roma existiera, no sólo en Toscana ó Etruria, como el vulgo de las gentes afirma, en el mismo Lacio. Rómulo y Remo fueron augures, pues; de otro modo, faltos del arte que presente y profetiza y precave, sin poder inclinar los dioses á su favor, jamás obtuvieran la

dignidad altísima de monarcas, naturalmente militar y sacerdotal en sus comienzos. Tres augures fueron tan sólo en los primitivos tiempos, y uno de los tres el rey. Mas como pertenecieran á la nobleza, y el pueblo en su desarrollo no dejó dignidad ninguna en las exclusivas manos del patriciado, sino que penetró victorioso en todas, el colegio augural se compuso de nueve augures, entre los cuales había cinco plebeyos. Seis añadió Sila, y á éstos añadió por su parte dos César. Los hubo hasta honorarios. Y teniendo el oficio de volver favorables ó contrarios de un hecho á los dioses, ¿cómo no les hablaron del maleficio de Mesalina? En sus archivos, donde atesoraban tal copia de sentencias jurídicas juntas con religiosos oráculos, no se registraría un caso análogo á este caso tan extraordinario, el cual ni se le ocurrió antes ni se le ocurrirá después á ningún loco. Aquellas ciencias augurales tan gárrulas, cuya intervención activa en los hechos más corrientes y simples pedía todo el mundo, se callaron ante la mayor atrocidad cometida en aquel tiempo de atrocidades increíbles. No había cesado el vuelo de las aves agoreras ni rótose las haces de los bastones augurales. El cielo, dividido en zonas litúrgicas, no se había callado en aquel instante todos sus secretos. El tabernáculo aún estaba orientado al Mediodía, de donde vienen las revelaciones y los presagios. El augur podía volverse á la parte oriental del cielo, pues allí no maraban jamás las señales misteriosas. El interior de la tierra guardaba en sus cavernas y en sus abismos voces proféticas; no había más que oirlas y escucharlas. Días de horizonte sereno y de aire callado tiene Roma sobradísimos para poder interrogar los augurios, forzándoles á decir cuanto guardaban en sus senos lo futuro con respecto al escándalo presenciado por la Ciudad Eterna en el hogar mismo de sus césares y cerca del templo más acepto á sus dioses. Los aleteos de unas aves, los gritos de otras, el modo en éstas de comer, el modo en aquéllas de recogerse, aseguraban profecías y presentimientos en los corrales mismos de cada hogar. Los gallineros sacros guardaban un presagio cierto y un aviso indispensable al conocimiento y preparación de los hechos futuros, aun sin recordar cómo hablaban de todos ellos el meteoro fugaz, el relámpago centelleante ó el retumbo de los huracanes y de los truenos. Los mismos Césares pertenecían al colegio augural, y Claudio en

persona, el esposo burlado y vendido, ejerció tal sacerdocio mucho antes de ascender al Imperio romano. Imposible, pues, concebir que los mensajes divinos y celestes faltaran en aquella singularísima ocasión.

Ló cierto es que Mesalina y Silio se paseaban por las fiestas nupciales con serenidad y satisfacción increíbles, como si nada tuvieran de atentatorias á la honra del monarca reinante y de amenazadoras á la pública seguridad y al orden público. Todo cuanto habían dispuesto el derecho escrito y el derecho consuetudinario para casos así, todo pasaba y sucedía sin dificultad alguna: ya lo hemos visto. Lucían los dioses la majestad olímpica en una serenidad incomprensible. Humeaban las aras y morían las víctimas como en los más vulgares sacrificios. Designados á custodiar las leyes, dejaban violarlas todas, las divinas y las humanas, sin curarse del terrible atentado. Los oradores hablaban cual de los más usuales temas; los jurisconsultos discurrían en términos reservados al derecho común y continuo; decían los poetas sus epitalamios al modo y manera consagrados por cien mil ejemplos; no pasaba, no, allí cosa ninguna de cuidado. Mesalina y Silio discurrían entre los grupos sin que las vírgenes bajaran la frente de vergüenza, sin que los jóvenes conociesen las indignaciones propias de su edad contra el delito, sin que los sacerdotes maldijeran todo aquello, sin que los jurisconsultos viesan los principios de justicia estricta y los cánones de derechos romanos heridos por aquella colosal infamia. Sólo un chusco de los varios asistentes á todas estas clases de fiestas tomado quizás mucho del vino, en uno de tantos juegos como allí se ideaban para demostrar el enorme regocijo, subióse á un árbol cargado con la cosecha anual y comenzó, balanceándose por las ramas y comiéndose las frutas, á decir presagios y hacer augurios en el silencio de los augures. El juego consistía en preguntarle qué columbraba desde allí, y en responder su boca, de una incesante garrulidad, á medida de lo que le sugería el momento y le demandaba el gusto. Pretextando ser demasiado chico el árbol frutal, trepó en seguida por otro más alto, y se puso allá en lo empinadísimo de su copa con cuidado á ver, atisbar, oír y recoger todo lo que sucedía. Los abajo reunidos para oírle preguntáronle qué descubriría por la parte de Ostia, donde, como ya sabe mi lector, se hallaba en aque-

llos instantes Claudio. El gracioso calló temiendo su propia respuesta. Pero tanto insistieron los preguntones y tal afán debía sentir él por satisfacer aquella curiosidad más ó menos insana, que dijo: «Por la parte de Ostia vese condensarse con rapidez y venirse acá con prisa una terrible tempestad.» Y en efecto, aquella palabra hizo en los cortesanos lo que suele hacer una lluvia en las muchedumbres: dispersáronse todos, no sabemos si bien al eco de tamaño anuncio, si bien al desgarrador latigazo del propio remordimiento,



Altar de Maguncia (desarrollo del altar)

CAPÍTULO VI

LAS TEMPESTADES DE OSTIA

— ¿Te callarás más tiempo? — le preguntaba Rufo á Narciso en el momento de penetrar éste por los vestibulos del palacio imperial en Ostia.

— He resuelto hablar, mas por ajena boca.

— Habla, sea como quiera.

— Como los médicos ensayan sus medicinas nuevas en los esclavos inútiles, yo ensayo el humor de Claudio en unas mujeres perdidas.

— ¡Buena industrial!

— Temo que, al saber lo acontecido en su familia, descargue las consiguientes iras, no sobre la culpada, sobre la narración.

— Y como la narración sale de un cuerpo con huesos y todo, sobre la persona que narre, ¿no es eso?

— Eso.

— Buen taimado estás.

— Ya sabes lo que ha pasado.

— Sí.

— Ha pasado que, después de matar á muchos por sus órdenes, transcurridos varios días, en su olvido de todos y de todo, Claudio ha preguntado por los muertos.

— ¿De veras?

— Y ha mandado gentes en su busca.

— ¡Cuál bellaco!